

## EL ABAD BENJAMIN

### Y OTROS SOLITARIOS DE LAS CELDAS <sup>1</sup>.

El abad Benjamin habia morado algun tiempo en el desierto de Sceté. Fué hecho sacerdote y sirvió en la iglesia del desierto de las Celdas con San Macario de Alejandria y el abad Isaac <sup>2</sup>. Estaba en uso el ir con muchos otros solitarios, en tiempo de la siega, á trabajar en cortar el trigo; y como á su vuelta se les daba una medida de aceite á cada uno, creyó hacer un gran acto de mortificacion agujereando solamente con una aguja el vaso en que lo habia metido y no tomar más que el que pudiese salir por aquel pequeño agujero; pero quedóse muy admirado cuando habiendo llegado la nueva cosecha en que los solitarios acostumbraban llevar á la iglesia el aceite que les habia quedado en el año precedente, vió que ninguno de ellos habia tocado al suyo. Su humildad le hacía contar esto á los demás hermanos y les confesó que la confusion y el pesar que de ello tuvo fué tan grande que se consideró como un hombre culpable de crimen.

Contaba tambien que habiendo pasado con algunos hermanos desde las celdas á Sceté, para visitar allí á un anciano, le llevó un poco de aceite; pero este buen viejo mostróle aun un poco que le quedaba en un vaso que de él habia

<sup>1</sup> Vit. P. P., Sozomeno, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

<sup>2</sup> El titulo de abad se daba frecuentemente por deferencia á los religiosos antiguos.

recibido, hacía ya tres años, y el cual todavia no habia tocado lo cual le hizo admirar su mortificacion. Decia tambien que habiendo ido á ver á otro anciano, en compañía de algunos solitarios, fueron recibidos por ellos por mucha caridad; y obligados á pararse allí para tomar algun alimento, el viejo le presentó entre otras cosas aceite de rábano, con lo cual le dijeron: « Padre mio, dadnos menos aceite pero que sea bueno; » y el viejo, haciendo la señal de la cruz con admiracion les respondió: « Perdonadme, hermanos míos; yo no se que haya aceite de ninguna otra especie. »

El Abad Benjamin tuvo muchos discípulos. Decíales: « Andad por el camino real; id á grandes pasos, de suerte que hagais mucho camino, y no os abandoneis. » Estando próximo á morir viéndoles en torno suyo, les dió por última instruccion aquellas hermosas palabras de San Pablo: *Estad siempre alegres, orad sin intermision, y en todas las cosas dad gracias á Dios.* ( I Thess. 5, 16 18.)

El abad Isaac, siendo joven, moró algun tiempo en la montaña de Nitria bajo la conducta de Cróne. En seguida pasó á la montaña de Fermé bajo la del abad Teodoro. Despues contaba que el primero aunque muy entrado en años, no queria que le sirviese, sino que al contrario él mismo le servia, hasta llegar á presentarle bebida. Habiendo pasado en seguida bajo la obediencia del abad Teodoro, halló por su parte la misma dulzura, de tal manera que en vez de tratarle como mamo, aquel buen viejo hacia por sí mismo todo lo que se habia de hacer sin jamás mandarle cosa alguna, hasta tal punto que él preparaba la mesa para la hora de la comida y le decia despues: « Acercáos y comed si lo teneis á bien. » Esto le dió pena, y despues de algun tiempo no pudo menos de quejarsele. « Padre mio, le dijo, yo he venido á vos para hallar mi aprovechamiento espiritual con la práctica de la obediencia, y sin embargo nunca



me mandais cosa alguna. Mas el buen viejo no le respondió.

En esto Isaac se fué á encontrar á algunos ancianos y les declaró su pena. Participaron de su modo de pensar y fueron á encontrar al abad Teodoro representándole que de algun modo era perjudicial á su discípulo, el cual, no habiéndose puesto bajo su direccion, sino para la santificacion de su alma, no le procuraba para ello el medio negándose á ejercitarle en la santa obediencia. Entonces Teodoro les respondió: « Jo no soy un superior de monasterio para arrogarme el derecho de mandar, ni es mi costumbre el prevenir á los demás en lo que deben hacer; pero si Isaac desea adelantar, es necesario que considere cómo obro yo y que obre de la misma manera. » Isaac se aprovechó de esta respuesta y desde entonces paró mientes á todo lo que debia hacer, á fin de que Teodoro no le previniese; porque él guardaba ordinariamente silencio, instruyendo á su discípulo más bien con su ejemplo que con sus discursos.

Despues que Isaac hubo pasado por esta excelente escuela, fué al desierto de Sceté, vecino del del abad Teodoro, y distinguióse en él por sus virtudes de tal manera que habiéndose juntado los religiosos de aquel desierto, resolvieron hacerle ordenar de sacerdote para el servicio de su iglesia. Esta eleccion le espantó, pues su humildad le ocultaba el conocimiento de su mérito, y temiendo que llegasen á ejecutarlo, huyó secretamente á Egipto en donde estuvo escondido en un prado cuyo heno era muy alto. Allí se creía seguro; pero la Providencia le hizo conocer, por la manera con que fué descubierto, que su voluntad era que accediese á los deseos de sus hermanos. En efecto, habiendo sido enviados algunos de ellos á buscarle y traerle, y habiéndoles sorprendido la noche junto al campo en que estaba escondido, el asno que traian entró en el heno mien-

tras dormían, y al dia siguiente le encontraron junto á él. Su gozo igualó su sorpresa. Detuviéronle y le quisieron atar por miedo de que no se les escapase por segunda vez; pero él les rogó que no lo hiciesen y les dijo que puesto que Dios les habia descubierto el lugar de su retiro contra lo que esperaba, estaba dispuesto á someterse y se volvió con ellos á Sceté.

De esta manera recibió él órden del sacerdocio y lo ejerció en aquel desierto; pero nosotros ignoramos cuánto tiempo permaneció en él. Despues se fué al desierto de las Celdas en donde continuó desempeñando sus funciones, y con su zelo y sus luces sirvió de grande auxilio á los religiosos de aquella soledad. Tenia tanto respeto y devocion por todo lo concerniente al santo sacrificio, que tomaba ceniza del incensario de que se servia en el Altar y la comía con pan. Con lo cuál se puede observar cuán antigua es la costumbre de emplear incienso en el altar.

Por algunos rasgos de su vida que nos quedan, se vé que tenia un deseo vehemente de que los solitarios se conservasen en el espíritu de desapego y pobreza tan conforme con su estado. Para esto ponía sin cesar ante los ojos de sus discípulos, el ejemplo de los antiguos que les habian precedido en la soledad. Vimos en la vida de San Pambon lo que decia haber aprendido de él; á saber, que un religioso debe llevar un hábito tan pobre que al quitárselo pueda exponerlo á los transeuntes sin que tenga que temer que nadie piense en recogerlo. Notó en cierta ocasion que algunos hermanos habian afectado vestirse algun tanto demasiado pulidamente, y les dijo con un celo inflamado en santa indignacion: « Nuestros antecesores, y entre otros el abad Pambon, iban vestidos muy pobremente. ¿y vosotros os atreveis á llevar hábitos costosos? Retiraos de aqui; vuestra relajacion haria desertar este santo lugar. » Un solitario se atrevió tambien á entrar en la Iglesia de las Cel-



das con una pequeña capilla que parecia estar más bien hecha que las de los demás. Al instante el abad Isaac hizóle salir, diciéndole: « En esta iglesia solo entran los monges, y vos sois un seglar; no podeis en ella ser recibido. »

Algunas veces reprendia á sus discípulos que eran en gran número, con severidad, por el celo que tenia de su aprovechamiento en las virtudes religiosas, y no sufría impunemente que se encenegasen en sus faltas. Un dia en que parecia que no se habian aprovechado bien de sus consejos, cuando se ponian en marcha para ir á la siega del trigo segun su costumbre, les dijo: « No os prescribiré ya nada más en adelante, puesto que os aprovechais tan mal de lo que os he dicho. »

No queria que se permitiese en la iglesia nada que pudiera apartar á los hermanos del recogimiento que se debe tener en la oracion y celebracion de los santos misterios. Por esto les dijo en cierta ocasion: « No traigais aqui á los niños; porque por causa de ellos las cuatro iglesias<sup>1</sup> de Sceté se han hecho casi desiertas. »

El abad Abrahan, que moraba con él, en habiendo entrado en su celda, le sorprendió derramando lágrimas, y le preguntó la causa de ellas. « ¡ Ay! le respondió; ¿ cómo no he de llorar? En otro tiempo lo que ganábamos con el trabajo de nuestras manos apenas bastaba para proveernos en los viajes que hacíamos para ir á consultar á los ancianos, y he abí que han muerto y nos han dejado huérfanos; ¿ á quién pues nos dirigiremos ahora para tomar consejos? Esto, como lo veis, es lo que al presente me hace derramar lágrimas. »

Exhortaba mucho á los hermanos á que hiciesen caso de

<sup>1</sup> Por ahí se vé que habia iglesias en el desierto de Sceté para la comodidad de sus solitarios, extendiéndose este desierto tan á lo lejos que una sola no habria sido suficiente.

las cosas más pequeñas; y á este propósito les contaba un dia que un solitario á quien habia conocido, trabajando en la siega, quiso comer algunos granos de trigo; pero no se atrevió á hacerlo sin pedir para ello permiso al dueño del campo para el cual trabajaba; de lo cual quedó aquel hombre tan sorprendido, tratándose de tan poca cosa que le respondió: « Todo el campo está á vuestra disposicion, Padre mio, ¿ y vos me pedis permiso para comer una sola espiga de trigo? »

Aun cuando su zelo por la salvacion de los hermanos fué ardiente, era por lo demás muy puro y exento de animosidad. Así que aseguraba él con razon que jamás habia entrado en su celda teniendo en el corazon algun pesar contra su prójimo; y que jamás habia tampoco sufrido que ninguno de los hermanos se volviese á la suya estando descontento de él.

Dios le visitó con una larga y penosa enfermedad, y sufrióla con tanta resignacion que habria querido, si de él hubiese dependido, que le hubiesen dejado llevar consigo toda su incomodidad sin darle ningun alivio. El hermano que le servía le presentó lentejas, entre las que habia puesto algunas pasas á propósito para purgar, y se negó á tomarlas. Insistió el hermano, diciéndole que las necesitaba para curar; pero él le dió esta respuesta digna de su mortificacion y de su amor por los sufrimientos: « Quiera Dios, hermano mio, que yo pueda estar treinta años enfermo, como lo estoy; deséolo de todo corazon. »

Cuando llegó el tiempo de su muerte, los religiosos se juntaron en torno suyo, y penetrados de un vivo dolor porque iban á perderle le decian: « ¿ Qué haremos, Padre nuestro, cuando ya no estareis con nosotros? » Él les respondió: « Considerad de qué manera he vivido entre vosotros. Si practicais lo que Dios os pide, como yo he procurado hacerlo, él os concederá su gracia y conservará este



lugar; pero si no lo haceis, no podreis vivir aquí mucho tiempo. »

« Otras veces, añadía él, cuando Dios llamaba á si á los padres que nos han precedido, dábamos muestras de dolor como lo haceis ahora vosotros; pero hemos tenido la dicha de perseverar en este desierto practicando fielmente lo que Dios nos prescribía, y siguiendo los consejos que habíamos recibido de nuestros antepasados, completamente como si hubiesen continuado viviendo con nosotros. Haced pues lo mismo, y os sostendreis en este lugar como lo hemos hecho nosotros. » Por el modo como hablaba el abad Isaac á aquellos religiosos, se ve que tenía sobre ellos una gran autoridad, no solamente por sus virtudes que le conciliaban su estima y confianza, sino tambien por su avanzada edad; así que debió de morir muy viejo; pero los historiadores no nos han dicho cuánto tiempo vivió.

El abad Ellade sobresalió en modestia y mortificacion. Permaneció veinte años en el desierto de las Celdas, y durante todo este tiempo, jamás levantó los ojos para mirar el techo de la iglesia. No vivía más que de pan y sal; pero habiendo observado que en el tiempo de Pascua, los otros solitarios no tomaban otro alimento, tuvo la devocion de mortificarse más para honrar la resurreccion del Salvador. Así que se ejercitó en mayores trabajos que de costumbre; y puesto que el tiempo de la refeccion le servía de descanso, porque comía sentado, se propuso comer de pié.

Había tambien en el mismo desierto un abad llamado Apolon, que se distinguía particularmente por su caridad para con el prójimo. Él se prestaba con alegría para todos los servicios que se le pedian y decía en tales ocasiones: Yo trabajaré hoy con Jesucristo por el bien de mi alma. »

Este Apolon tuvo un excelente discípulo llamado Isaac y diferente de aquellos de los que ya hemos hablado. Era este un religioso muy interior y espiritual, que se aplicaba prin-

cialmente, cuando asistia á los santos misterios, á guardar en ellos un profundo recogimiento á fin de sacar de los mismos los frutos que Dios allí comunica á las almas bien dispuestas. Para esto dirigíase en silencio á la iglesia no queriendo hablar á nadie; porque, decia él, *todas las cosas tienen su tiempo*; y tan pronto como se había acabado el sacrificio, en vez de detenerse á tomar el pan y el vaso de vino que se distribuía algunas veces á los solitarios al salir de la iglesia, se apresuraba á volver á su celda; no porque rehusase la bendicion de los hermanos, dice el autor que nos ha conservado este rasgo de su piedad, sino para gustar en una santa recoleccion la paz que el Señor derrama en el alma de aquellos á quienes honra con su visita en la santa comunión.

Habiendo caido enfermo, fueron á verle los solitarios y tomaron ocasion de preguntarle porqué huía así de ellos al salir de la colecta. Él les respondió « Yo no huyo de los hermanos sino de la malicia del demonio; porque de la misma manera que si se expusiera al viento una lámpara encendida, pronto se apagaría, así tambien estando mucho tiempo fuera de nuestra celda, perdemos pronto la luz que hemos recibido en la santa oblacion, y nuestro espíritu cae en las tinieblas. »

La historia de San Marcos, solitario de las Celdas, es un poco embrollada en la *Recoleccion de las Vidas de los Padres de los desiertos*, sobre todo en el latin de Paladio; pero los *Menées* de los griegos, traídos por Bolando, ayudan mucho para el esclarecimiento. Tambien nos serviremos de las notas críticas de Tillemont (Till. t. 8, n. 3.), que se pueden consultar á este propósito.

Este gran religioso alimentó su corazon desde su juventud con la lectura de los libros santos que aprendió de memoria, y bebió en ellos estas brillantes luces y estos sentimientos de un santo ardor, que le sirvieron maravillosa-